



CAFÉ DE CAMARERAS

A mi esteemed amigo
y talentoso
fotógrafo Ernesto
Monteavero . -

Ernesto
16 Nov. 1985

Instantáneas

CADICAMO

Bajo el signo del tango

Apenas toco el timbre de un sexto piso en Talcahuano al 1200 me abre la puerta el dueño de casa, Enrique Cadícamo, que trata, en vano, de hacer callar a su perro. En el living se destaca un piano abierto con una partitura en el atril. Desde otro cuarto llega una voz juvenil que tararea, a media voz, una melodía. Enrique Cadícamo acaba de publicar un libro de memorias, "Bajo el signo de tango". Apenas nos sentamos y empezamos a hablar, entra la voz que tararea corporizada en una chica muy bonita, menuda y encantadora: tiene veinte años y ha heredado los ojos azules de su padre, Cadícamo, y la gracia de Nelly, su madre. Mónica María cuenta que está por grabar una cassette que incluirá, junto con algunos viejos temas, el último tango de su padre, que ella estrenará: "El teléfono". Muestra unas fotos y luego se va apuradísima a su clase de danza. Cuando Mónica María nos abandona, el cuarto parece vacío.

Luego Cadícamo dice: -Quiero aclararle a usted y a mis posibles lectores que, como no he sido un personaje histórico, no creo correr el riesgo de que nadie escriba mi biografía. Pero, por si

acaso, si después de mi desaparición física a alguno se le ocurre escribir sobre mí, como temo que tergiversen cosas, decidí contar yo la historia de mis luchas. Por supuesto sin el fin insensato de producir un best-seller. El libro empieza antes de mi nacimiento para ubicar el ambiente de mi familia, luego vendrán mi niñez, mi paso por la escuela, mi adolescencia y mi iniciación en el tango, tarea difícil pero que me dio satisfacciones espirituales y económicas. Historio, además, toda una época de Buenos Aires, cuando en Corrientes y Esmeralda se oían los tangos del Royal Pigalle.

-Pero aparte del tango, usted incurrió en el cine y en el teatro.

-Sí, empecé mis tentativas en el cine en una época en que no había directores cinematográficos, le hablo de los años '33 y '34. Empecé a interiorizarme del mecanismo en los estudios Lumiton; después me fui a Brasil y la primera película de confraternidad argentino-brasileña, una comedia, la hice yo. Después viajé a los Estados Unidos, vi los estudios de la Warner y volví con alguna experiencia, pero no me sirvió de nada; hubo contratiempos y abandoné. También estrené un par de come-

dias en el teatro, sainetes, una zarzuela, pero, al fin, volví al tango.

-Que, por otra parte, fue siempre su verdadera actividad.

-Sí. He escrito y publicado desde mi juventud centenares de tangos que fueron éxitos y que aún se hallan en plena vigencia; "Che papusa, oi", "Cruz de palo", "Anclao en París", "La novia ausente", "Muñeca brava", "La casita de mis viejos", "Por la vuelta", "Niebla del Riachuelo", "Nostalgias" y muchos más que han dado la vuelta al mundo. Colaboré mucho con Cobián, con quien vivimos como hermanos en los Estados Unidos, en Brasil, en Buenos Aires mismo.

-¿Cuándo estuvo en Europa?

-En 1928, cuando Gardel debutó en París. Vivi la época más linda de París.

-¿Cuándo conoció a Gardel?

-Mucho antes, en el cine Renacimiento, en la calle Lavalle, donde Carlitos hacía una sección. Yo lo quería conocer porque ya me había grabado dos tangos y, como Razzano vivía a la vuelta de casa, le pedí que me lo presentara. Fuimos y yo esperé en el hall. Cuando salió Carlitos, Razzano ya ni se acordaba quién era yo. Carlitos me

mira y me dice: "Vos sos parecido a Navarrini". Los Navarrini eran unos autores rubiones con ojos claros como yo. "¿Sos algo de los Navarrini?", me preguntó. "No", le dije yo, "soy el autor de ese tango que usted grabó". "Ah, sí. ¿Y a quién se lo afanaste?", me contestó. El me vio muy chico. En realidad, me preguntó a quién le había "pungueado" la letra. Punga es robar con los dedos.

-¿A cuál de sus tangos quiere más?

-El que tuvo más difusión fue "Nostalgias", que dio la vuelta al mundo; hay versiones en todos lados y por gente importante. Últimamente lo grabó Plácido Domingo.

-¿A usted le gusta esa grabación?

-Desde el punto de vista técnico y de expresión simpática, sí. El lo hizo por el cariño desmesurado que tiene por el tango.

-¿Su libro "Bajo el signo de tango" termina en nuestros días?

-Sí, en 1980. Tardé unos seis meses en escribirlo.

-¿Cuál fue su primera letra de tango?

-"Pompas de jabón", un tango que hice con Goyeneche y que en seguida grabó Gardel. El me grabó 23 tangos, record honroso que no tiene nadie. Y le

voy a decir que él era muy exigente con las letras, las depuraba.

-¿Usted fue muy amigo de Gardel?

-No, más bien fue una relación profesional. Mi gran amigo fue Cobián. El escribió tangos maravillosos que no necesitan arreglos. Sobre todo esos arreglos espurios que lo único que hacen es deformar la música. Pero, en fin, la vanguardia se mete en honduras que bajan la dignidad tanguística.

-¿No está de acuerdo con el tango como se hace ahora?

-No lo conozco. El único tango que debe ser, para mí, es el tradicional. El tango no admite escalas dodecafonicas, no tiene sentido. Tanto es así que los tangos que se escuchan en Europa y en el Japón son los tradicionales.

-¿Qué otros cantaron sus tangos además de Gardel?

-Había cuatro cantores: Magaldi, Corsini, Charlo y Gardel. Cada uno tenía su propia personalidad, que es muy difícil tener en la canción. Charlo me estrenó "Nostalgias" en la radio y corrió como reguero de pólvora, fue un éxito sensacional.

-Dentro de las cancionistas ¿quién cantó sus tangos?

-La Negra Bozán, Libertad Lamarque... pero, en general, mis tangos

eran material para hombres; las letras parecían algo crudas para que las dijeran las mujeres.

-Ahora ya no hay nada crudo para las mujeres, señor Cadícamo, usted sabe que hoy se arremete con cualquier cosa.

-Pero antes había más pudor. Era letras fuertes; su tema obligado era el amor y las mujeres y no trataban aspectos románticos.

-No, el tango cantó el amor-pasión.

-Así es, muy bien dicho.

-En su época, del '30 al '40 ¿le disputaban los tangos, no?

-Claro, los cantores necesitaban las letras que uno escribía. Todos los cafés de la calle Corrientes tenían palco con orquesta. Me acuerdo que una vez era tanta la aglomeración frente a un café que no podía pasar el tranvía Lacroze. Y bueno, eran otros tiempos.

-¿Está contento con el libro?

-Estaría contento si se pudiera vender la primera edición, sobre todo por el editor, que es un gran luchador y un entusiasta de los libros que hablan de Buenos Aires. Por eso quisiera que el libro le diera alguna satisfacción.

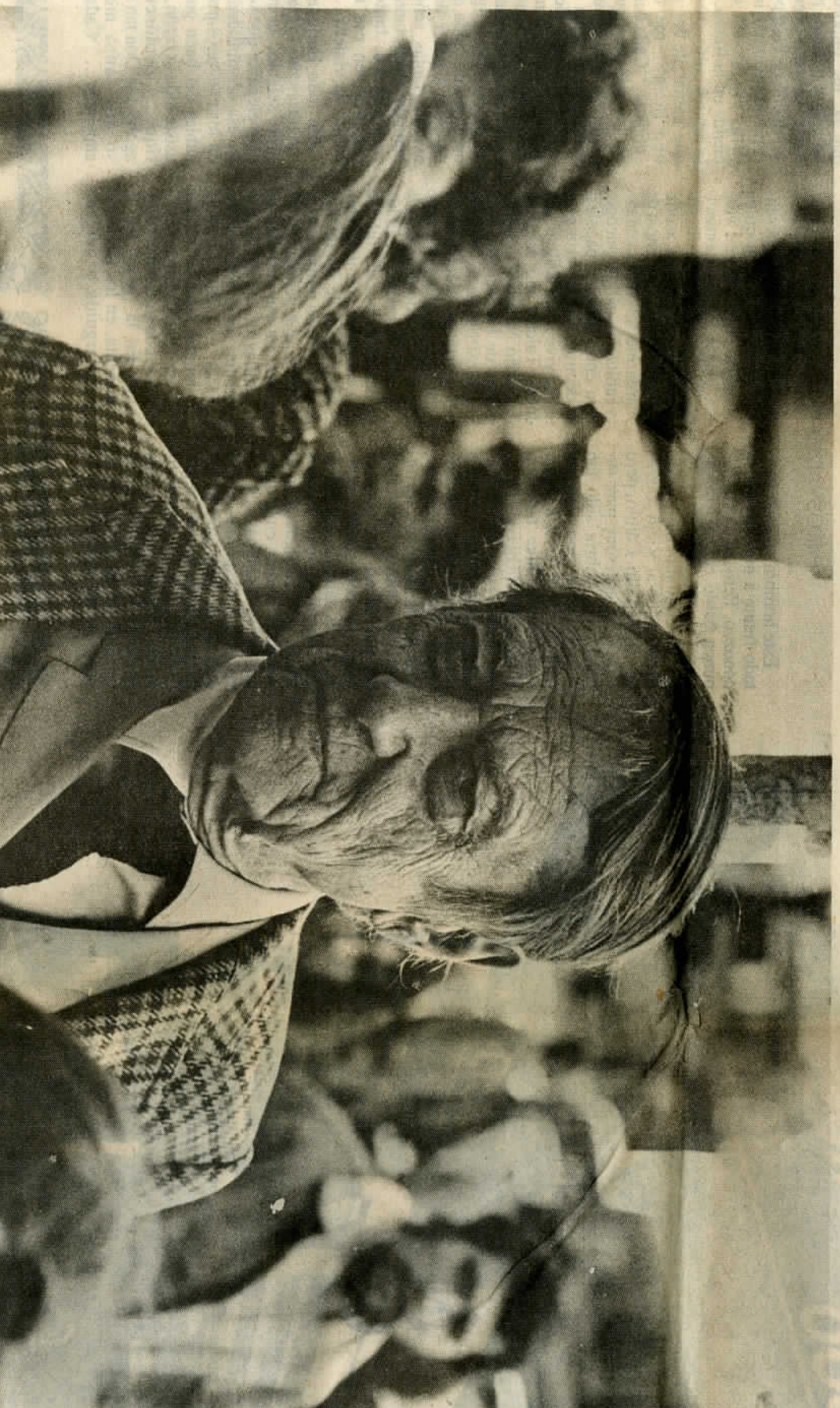
María Esther Vázquez

(c) LA NACION

Cultura

Enrique Cadícamo

Puede parecer un despropósito (¿o tal vez un afortunado desatino?) unir en un suplemento cultural al porteño Enrique Cadícamo con el dublinense James Joyce. Ocurre que el autor del "Ulises" era un apasionado del bel canto y solía ser raro que faltara alguna noche, durante su vida en París (donde también vivió Cadícamo entre 1928 y 1931, y Joyce todavía estaba) a las tenidas en algún café del barrio latino o de las lomas de Montparnasse, que consistían en emborracharse y cantar a voz en cuello hasta bien entrada la madrugada temas del repertorio popular irlandés, italiano, alemán, alpino o francés. Habría que agregar que el primer gran libro de Joyce, "Dubliners", tolera sin desmedro filtraciones sensibleras y escenas cursis; sin hablar del ambiente prostibulario (en cuya versión del Río de la Plata nació el tango) que deambula en el "Ulises" donde, de paso, lo que al



protagonista principal, Leopold Bloom, le sucede con Molly, su mujer, es una letra de tango agrandada en el genial monólogo que modificó la literatura del siglo XX. Por eso y por alguna otra razón que no viene al caso, el letrista más prolífico de la música popular porteña convive en esta entrega con Joyce y el "Ulises" (que estuvo prohibido por "pornográfico"), casos que se despliegan en las páginas cinco y ocho

James Joyce



Enrique Cadícamo: sólo Nostalgias

¿Por qué Cadícamo? ¿Acaso no podría admitirse como homenaje? También como un agradecimiento por todos los tangos que todos cantamos. Y por qué no atreverse a redescubrir y esclarecer a este juglar y fino poeta de un perdido Buenos Aires al que le cantó con esa cultura que cala en el corazón del pueblo

Por OSVALDO ARDIZZONE

Este hombre que está sentado frente a mí, con quien comparto, por primera vez, una charla. Y el acontecimiento, el extraordinario suceso para los últimos años de mi vida, se celebra en esta habitación cálida y acogedora entre libros y papeles. El décimo piso de esta casa donde vive Don Enrique, por donde Talcahuano presume de Barrio Norte en la arquitectura de las fachadas y el metal lustroso de los modernos porteros eléctricos... Aquí todo es elegante como el fino decorado de esta sala a la calle defendida de la luz del atardecer por el voile de los ventanales. Aquí adivino el buen gusto de los dueños de casa en esas miniaturas de grabados que penden de las paredes; en esa variedad de estatuillas de escogida procedencia, en la elección del tapizado... Y Don Enrique, ese hombre sentido frente a mí, está estrechamente asociado a toda esa fina escenografía. En la figura, en la vestimenta, en los modales, en esa erguida y delgada

contextura de lord inglés y también de ese incurrable porteño que frecuentó las lujosas de Montmartre y que alguna vez le escribió unos versos a la Madame Ivonne cuando era alegre griseta de Les Quatre Arts... Pantalón claro, saco de corduroy oscuro, chaleco al tono y un pañuelo ceñido al cuello con un lazo cuidadosamente elaborado, que no guarda ninguna relación con aquel lenguaje orillero del monograma sapicando la espesa seda blanca de los 24 momes... ¿Es que acaso yo pretendí encontrar tango, perfumes suburbanos, antiguas voces, lenguaje, lunfardías...? Don Enrique se expresa con un rico y fluido lenguaje que sólo de tanto en tanto se permite la licencia de un portenismo, que busca la completitud de una sonrisa intencionada. Habla con una voz bronca por el exceso de ese cigarrillo, que va constantemente de la mano a los labios, pero el tono es quedo, coloquial, íntimo, desprovisto de toda locuacidad. ¿Cuántos años? Confieso que no me importa mucho saberlo y porque, principalmente, respeto la coquetería del dueño de casa por defender una juventud imperceptible, esa misma que trasciende en la figura, en el pelo rizado y corto. "Nunca hay que hablar de los años que uno lleva", me dice con simpatía. "Cada cual denuncia lo que tiene que tener" —redondea como para dar por concluido el tema. Sólo sé que, a despecho del tiempo que pasó por esa mirada de ojos azules, por esas mejillas ya flácidas, trasciende la fina espiritualidad que se alberga en esa vida que sigue erguida, a pesar de haberle exigido tantas sensaciones, tanta emoción, tanta aventura novelasca, tantos cielos distintos, en ese incurable hábito de viajero...

En todo Enrique Cadícamo trasciende la clase, el pedigrí selecto, la preocupación elegante que sólo alberga en esa sensibilidad educada en los catálogos poco alcanzables del buen gusto... Le asiste toda la razón. Don Enrique, y perdóneme si lo agobia ese Don tan respetuoso que tanto me cuesta ahuyentar... "Cada cual tie-



NIEBLA DEL RIACHUELO (TANGO)

Turbio fondeadero donde van a recalar, barcos que en el muelle para siempre han de quedar.
Sombras que se alargan en la noche del dolor.
mañaneros del mundo que han perdido el corazón.
Puentes y cordajes donde el viento viene a aullar.
barcos carboneros que jamás han de zarpar.
Tortuoso cementerio de las naves que al morir sueñan sin embargo que hacia el mar han de partir...

"Niebla del Riachuelo!"
Amarrado al recuerdo
yo sigo esperando
¡Niebla del Riachuelo!
De ese amor, para siempre,
me vas alejando.
Nunca más volví,
nunca más la vi.

nunca más su voz nombre, mi nombre
junto a mí...
esa misma voz que dijo: "Adiós!"
Sueña, marino, con tu viejo bergantín,
bebe tus nostalgias en el sorbo caletín.
Lluere sobre el puerto, mientras tanto mi
canción
llueve eternamente sobre tu desolación.
Ampelis que ya nunca, nunca más han de
levar,
bordas de lancheones sin amarras que
soltar.
Triste caravana sin destino ni ilusión,
como un barco preso en "la botella del
tígon"

Música: Juan Carlos Cobian
Letra: Enrique Cadícamo
© by Editorial Fernana

El primer tema que le grabó Gardel fue "Pompas de jabón"; el último, "Madame Ivonne" en 1933

ne la edad que tiene que tener", ¿no es cierto?

Hace poco más de un siglo...

Las habituales historias de entonces... La panza de un buque, el Príncipe di Savoia, la pareja de jóvenes con el primer hijo, el equipaje cargado de incertidumbres y de muchos sueños acomete la aventura de América, estigmatizados por las cartas de tanto compatriota. Abandonaron la aldea de Cosenza y recalaron en la Dársena Norte de una ciudad desconocida llamada Buenos Aires... Sólo que Don Angel Cadicamo y la pequeña Hortensia Luzzi no permanecieron mucho tiempo en esa primera casa de la calle Rodríguez Peña y Paraguay que, milagrosamente, todavía permanece erguida.

El poeta no nace ahí, sino en un paisaje campesino, donde prevalecían las costumbres gauchescas que, quizá, pudieron influir en su formación. Por una carta de recomendación, el Consulado le gestionó a Don Angel Cadicamo una ocupación como mayordomo de una estancia situada en los campos de General Rodríguez, muy cerca del partido de Luján, paraje donde la gran cantidad de establecimientos

agrícola-ganaderos pertenecían, en su mayoría, a inmigrantes de la colectividad irlandesa. Fue un 15 de julio "entre la luz declinante de un siglo y el resplandor inicial de otro", como cuenta Don Enrique en sus memorias, cuando lo inscriben en el Registro Civil de Luján como el décimo hijo de Angel Cadicamo y de doña Hortensia Luzzi de Cadicamo... Siempre hurgan en esos orígenes en busca de las raíces del poeta, del hombre de tango que llegaría más tarde. La infancia del pequeño Enrique transcurre en la Estancia de Malcolm, siempre en General Rodríguez, después de que su padre abandonara la mayordomía del campo de los Bians, hasta que Don Angel adquiriere una casona en medio de ese sostenido campesino, con la agreste quietud de ese paisaje de chacra, el brocal del pozo del agua, la huerta, los árboles frutales, el perro, los pájaros, la tibieza de los veranos, los paseos en canoa por las aguas mansas del río Luján, el caballo de andar, la catesa, los aperos.

¿Cuándo nace el tanguero, el letrista de la ciudad, el poeta romántico? Todavía chiquilín, es cuando conoce Buenos Aires, allí en el barrio de Floresta, donde Don Angel decide alquilar una

casa en la calle Enseñada al cuatrocientos. Es entonces cuando comienza el traslado, el quinto grado en la escuela Saturnino Segorúa, los paseos en el tranvía 43, acompañado de María Laura, una de sus hermanas mayores, en cuya ventanilla palmoitea sus asombros contemplando los barrios de la ciudad desconocida. El circo, las primeras películas en el cine Paradal de la calle Rivadavia, donde festejaba la cominidad de aquel célebre Max Linder, de Andrés Deed, antecesores del genio de Chaplin. Después el sexto grado trabajosamente aprobado y las matemáticas que conspiran contra los sueños paternos de un título universitario y la obligación de salir a buscar empleo para procurarse algún dinero para sus primeros deslumbramientos como peatón de esa Buenos Aires que ya había aprendido a querer. Un trabajo en la Dirección de Alumbrado y después el nombramiento en el Archivo del Consejo Nacional de Educación, que influyó decididamente en su vida, por esas cuestiones de la osmosis y la emulación. Entre tantos expedientes, Enrique se tropezó con Pablo Suero...

Había editado —dice— su primer libro de versos y era, además, periodista de "Crítica", uno de esos tipos medio idealistas que daban pallos en la crítica teatral. Me acuerdo que siempre tenía la mesa de trabajo invadida de expedientes sin diligenciar y yo me ofrecí a aliviarle el trabajo, que él me recom-pensaba con entradas para ir a los teatros. Entonces fue cuando comencé a despertar entusiastamente a la lectura. En medio de tanto expediente dormido Pablo Suero tenía a D'Annunzio, que leí con avidez como "El fuego", "El inocente" y "La nave"...

Cuando germina el poeta de la ciudad

—¿Cuándo nace la vocación del poeta, del letrista, del hombre de tango, incluso del músico, el dramaturgo, pero siempre buscando en la vida de los prototipos de una ciudad? —Yo le diría que leí de todo, principalmente los clásicos

NOSTALGIAS (TANCO)

Quiero emborrachar mi corazón
para apagar un loco amor
que más que amor es un sufrir...
Y aquí vengo para eso
a borrar antiguos besos
en los besos de otras bocas...
Si su amor fue "for" de un día
¿por qué causa es siempre mía
esa cruel preocupación?
Quiero por los dos mi copa alzar
para olvidar mi obstinación,
y más la vuelvo a recordar.

Nostalgias
de escuchar su risa loca
y sentir junto a mi boca
como un fuego su respiración.
Angustia
de sentirme abandonado
y pensar que obrando
pronto... pronto le hablaré de amor...
¡Hermano!
Yo no quiero rebañarme,
ni pedirle, ni llorarle.

cos, los humanistas... Pero, la vocación por lo popular, nace de la misma vida, de la misma ciudad. En ella estaban los elementos de la inspiración. Fui un incurable transeúnte de Buenos Aires, a la que llegué a conocerla tan íntimamente como para densurar su esencia y la de sus peatones. Como le contaba, mi primer tema recibe el espadarazo, justamente de aquel compañero de oficina que fue Pablo Suero...

Fueron los versos de "Pompas de jabón" y que, como usted sabe, eran arababateros, poética del bajo fondo. ¿Sabe qué pretendía yo? Conprombar la reacción de alguien culto como lo era Suero y me llevé la sorpresa de su elogio, comparándome nada menos que con Pascual Contursi, el autor de aquel famoso tema "Mi noche triste"...

—Sin embargo, Don Enrique, perdóme usted, pero yo estimo que su transcendencia poética en el tango no se alberga, justamente, en los versos reos, por llamarlos de algún modo. A mi juicio, su mayor riqueza reside en la versatilidad como poeta para abordar los temas más diversos, con los prototipos, las heroínas y los héroes más encontrados, aunque prevalezca una raíz romántica

ni decirle que no puedo más vivir...
Desde mi triste soledad verá caer
las rosas muertas de mi juventud.
Gime, bandoneón, tu tango gris,
quizás a ti te hiera igual
algun amor sentimental...
Llora mi alma de fantoche
sola y triste en esta noche,
noche negra y sin estrellas...
Si las copas traen consuelo
aquí estoy con mi desvelo
para ahogarlos de una vez...
Quiero emborrachar mi corazón
para después poder brindar
por los fracasos del amor...

Música: Juan Carlos Coghlan
Letras: Pablo Suero
© by Editorial Fernandina

como el mejor índice de identificación...

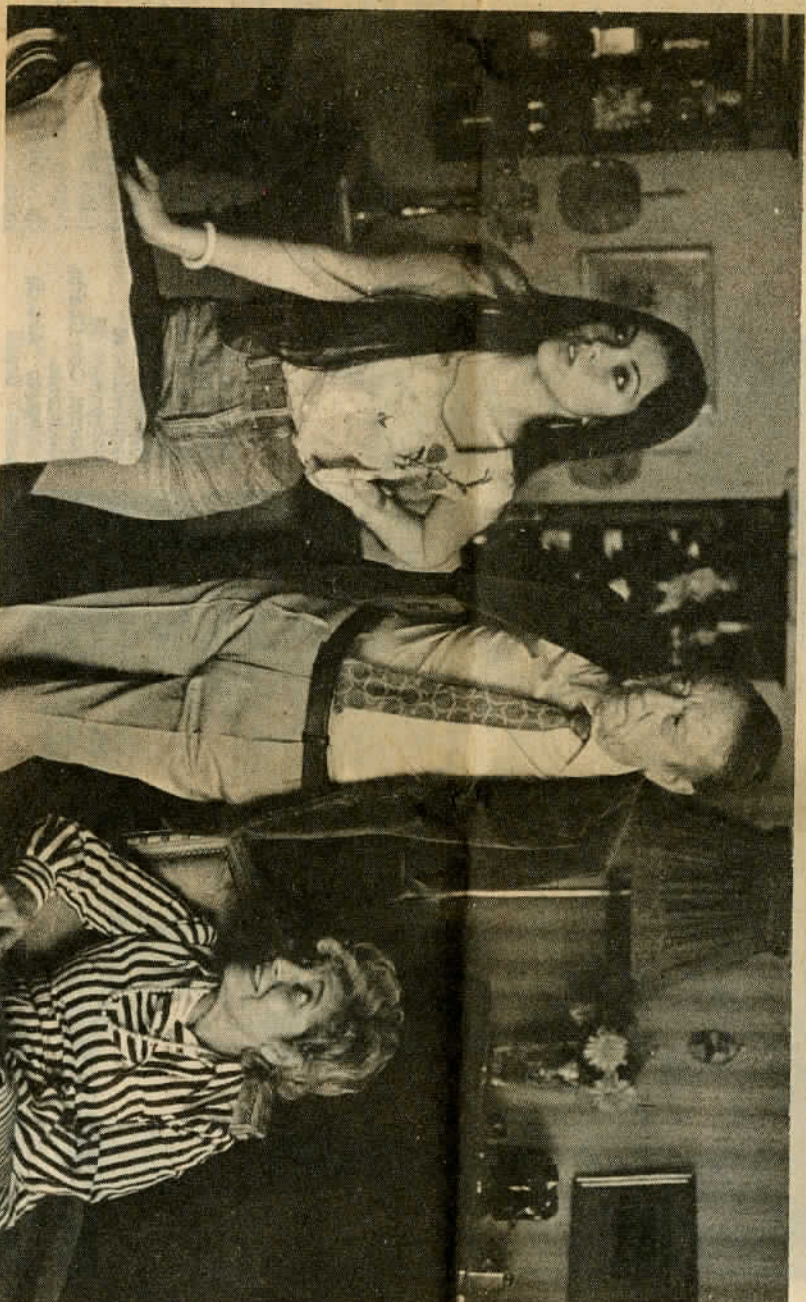
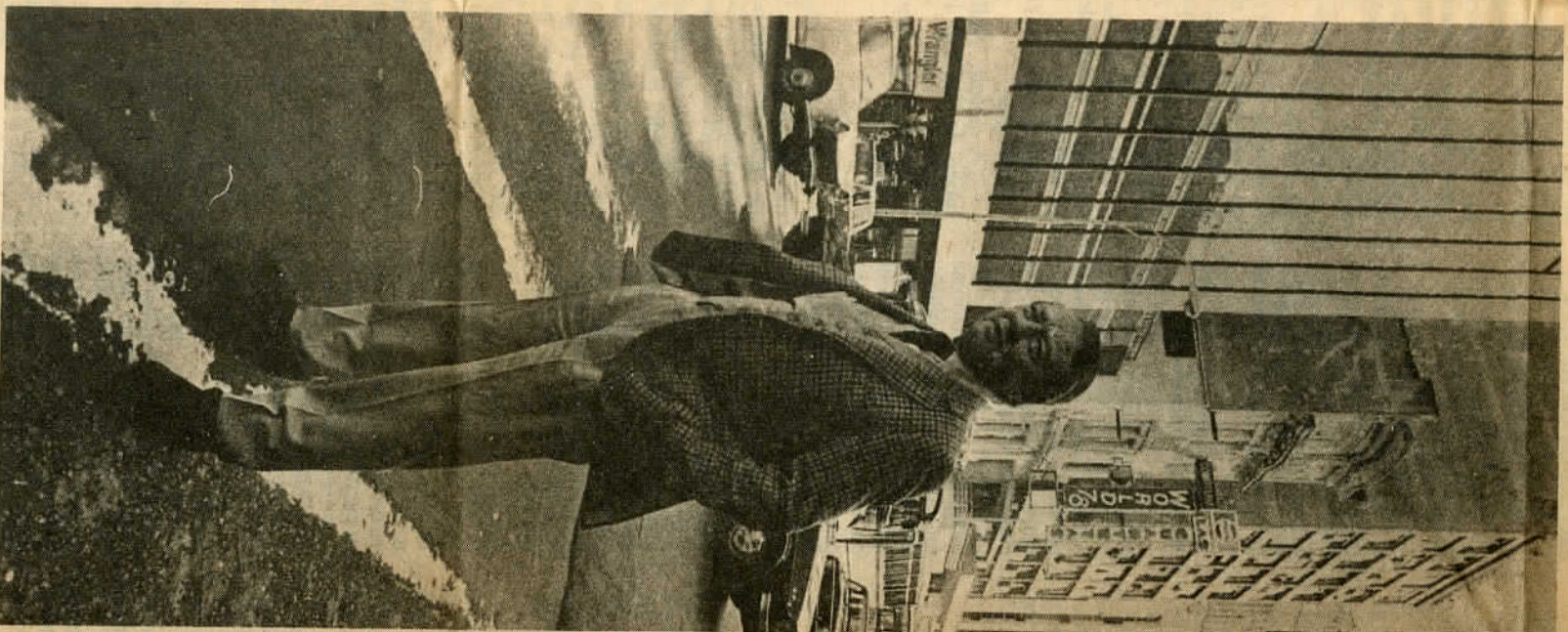
—Bueno, pero el romanticismo era un mal de aquel tiempo o un bien, no sé...

—Sí, pero mi observación concurre a que, por ejemplo, a Homero Manzi lo puedo identificar de inmediato, lo mismo que a Dicepolín, al Malevo Muñoz, al mismo Homero Expósito, hasta le diría que al Negro Celadonio, a Cátulo en algunas cosas, pero usted es desconcertante. Como ir de "Che, papusa, o!" a "La casita de mis viejos"...

—Es posible, pero, ya le dije, era Buenos Aires la que ofrecía los motivos... Por otra parte, yo fui enriquecido por gente de todo tipo y, por ejemplo, en aquel Archivo de la Nación donde conocí a Pablo Suero, recibíamos la visita de personajes ilustres culturalmente como Félix Rielayo, autor de "El talón de Aquiles"; de Enrique Loudet, escritor y diplomático; poetas como Héctor Pardo, Blomberg, Evar Méndez, Manuel Gálvez. Entre que Banachs...

—Y en cuanto a la formación cultural...
—Fíjese cómo uno podía ser indiferente a esas influencias... Me apasionaron

Corrientes, la de la ciudad nueva, un tanto desconocida para este transeúnte del ayer. "Que los poetas jóvenes le descubran los nuevos misterios" —dice Cadicamo. Por eso prefiere el rincón en el décimo piso de la casa de la calle Talcahuano, junto a Nelly, su mujer, y Mónica, la hija, ahora cantante de tangos, con preferencia los que pertenecen a su padre. La elegancia del poeta nunca se ve descuidada





LA CASITA DE MIS VIEJOS
(TANGO)

Fuimos al apacible retiro de aquel porteño con pinta de señorito francés que nutría su bohemia con camisas de seda

(Viene de página anterior)

amatorio que palpita en "Nostalgias", el lenguaje tan clásico de "Nieblas del Riachuelo"...

La bohemia engominada

—A un poeta que pretende aboradar lo popular, dicho en el sentido más puro, no lo deforman las lecturas de ese tipo?

No, no quedó trunca la respuesta... Soy yo que me detengo a reflexionar sobre los conceptos. Poetas hispanicos, sentenció Don Enrique; cuando elogió a Celedonio, el poeta que "supo extraer poesía del barro según sus propias palabras."

—Por ejemplo, el caso de "La casita de mis viejos", cuestionada por algunos tangueros por esa connotación un tanto muy aristocrática, del viejo criado.

—"La casita de mis viejos" es el caso de alguien que escribe el tema sobre un hecho real sin desvirtuar nada... El tema nace un día que Juan Carlos Cobhán, uno de los creadores más talentosos del tango y uno de los mejores ejecutantes de piano en música popular, me invita a la Casa Ricordi—en la que era asesor musical— a escuchar una melodía. Y sobre la melodía yo escribí los versos, sobre la realidad que vivía mi ya amigo Cobhán...

—Pero usted no cree que en ciertas composiciones incursiona en temas como el caso de "La casita de mis viejos", en primer lugar, luego el romanticismo

Barrio tranquilo de mi ayer, como un triste alardear, a tu sequina vuelvo viejo... Vuelvo más viejo, la vida me ha cambiado, en mi cabeza un poco de plata me ha dejado.

Yo fui viajero del dolor y en mi andar de sonador comprendí mi mal de vida, y cada beso lo borré con una copa, en un juego de ilusión reparé mi corazón.

Vuelvo venido a la casita de mis viejos, cada cosa es un recuerdo que se agita en mi memoria, mis veinte abríes me llevaron lejos, locuras juveniles, la falta de consejos, hay en la casa un hondo y cruel silencio hurrao y al golpear, como un extraño, me recibe el viejo criado... Habré cambiado totalmente, que el añelano por la voz

tan sólo me reconocí... Pobre viejita la encontré enfermita, yo le hablé y miró con unos ojos... Con esos ojos nubados por el llanto, como diciendome por qué tardaste tanto... Ya nunca más he de partir y a tu lado he de sentir el color de un gran cariño... Sólo una madre nos perdonó en esta vida, es la única verdad, es mentira lo demás.

Musica: Juan Carlos Cobhán
Letras: Enrique Rodríguez
Editorial Ricordi Americana S. A.

ta elegante... con Cobhán, con el mismo Charlo...

—Sí... la muestra era una bohemia de camisa de seda y goma. Hasta me atrevo a decir que con Cobhán fuimos los primeros simsonbreristas, pero en mis versos tan- años, Juan Carlos era hijo de una familia de muy buena ubicación económica y social. El primer extrañado con mis versos fue Cobhán cuando se reconoció protagonista de mi historia, que yo conocía por su propio relato...

—Entonces, era común Don Enrique, la llegada al tango, a la noche y a todos los rituales de jóvenes de la condición social de Cobhán, ¿no es así?

—No tantos, pero el tango y la noche atraían... —Detengámonos en el caso suyo. Su crianza campesina, su formación, su casa, distan mucho de los orígenes tradicionales del tango... Y el ejemplo más típico lo proporciona, justamente, el Negro Celedonio con el poema referido a su cuna como "Yo me hice en tango"... La bohemia no germina, por lo general, en el bajo fondo o en las periferias... Y usted participó, según lo que se conoce de usted, de una bohemia has-

—Comprendí que con Nelly concluían todas mis aventuras donjuanescas, los amores que quedaron por ahí olvidados, que se fueron o que abandoné... Nelly era el amor. Y la diferencia de años no podía ser obstáculo. Diez años después de ese encuentro, nos casábamos.

—¿Quiere que le sea sincero? Creo que cuando la diferencia de años es mucha a favor del hombre, se instala en la mujer la seguridad de sentirse protegida que consolida el amor... Siempre estuvimos juntos y seguiremos juntos porque queda mucho tiempo todavía por andar.

—Y a esta ciudad, Don Enrique, ¿la sigue amando como a Nelly? Porque en el caso de posesión, Buenos Aires hace tiempo que fue suya...

—Sí, la quiero porque, como dice usted, fue mía, muy mía, aunque de tanto en tanto la abandonaba por mi espíritu viajero... —¿Viajó mucho, no? —Sí, varias veces fui a Europa y, principalmente, a Francia, mejor dicho a París... Mucho a Estados Unidos. También París guardaba estrecha relación con el tango... —¿Y, ahora, en este regreso casi definitivo? —No, la quiero siempre, pero no la frecuento mucho. Mi paseo cotidiano es ir a Sadatic, por mis derechos, por mis temas... Pensar que antes la caminaba todos los días hasta el amanecer... Iba al Tibidabo de Pichuco, como quien va a un bar a tomar un café... Allí nos juntábamos con Razzano, con Manzi, con Discepolin... Comía en las cantinas del Abasto con Cobhán y el Malevo Muñoz, en la cortada de Carabelas...

—¿Y ahora? —No, de noche no salgo, salvo que vayamos a cenar con Nelly y Mónica, la hija... Esta ciudad es para los jóvenes, no para mí... Es otra Buenos Aires que no guarda afinidad conmigo, con aquellas cosas que nos unieron.

—¿Y el tango? —No sé... Le diría que su situación es la misma de Buenos Aires con relación a mí... Así como antes había elementos de inspiración para escribir, ahora tiene otros ¿no es cierto? Pues, entonces, tendrán que verlos y utilizarlos los nuevos jóvenes poetas que la frecuentan...

—¿Y en cuanto a la música? —Sé que ahora hay más arregladores que creadores. ¿Usted puede entender eso? Hasta las páginas más bellas sufren el ataque de los que pretenden modificar el tema bajo el pretexto de embellecerlo aún más... Yo me pre-



Con otro incurable como Charlo—el de la pinta de galán, a su derecha— y Razzano—a su izquierda—, el compañero de Gardel. Con Charlo, Cadiccamo compuso "Ave de paso", Brasil

Fotos: Ramón Puga Larco, Alfredo Hermis, Carlos Acuña